

101 RELATOS BIBLIOTECARIOS

101 AUTORES/AS



V VINATEA
EDITORIAL

HUMANISMO Y BIBLIOFILIA: DIEGO HURTADO DE MENDOZA

por Miguel C. Muñoz Felio

INQUISITIO (Madrid, 1555)

- Ese hombre no tiene límites, gritó irritado el inquisidor general y arzobispo de Sevilla, Fernando de Valdés.

El inquisidor todavía recordaba cómo, mientras los herejes campaban a sus anchas por Europa, Diego Hurtado de Mendoza, nombrado embajador por el Emperador, se había presentado en el Concilio de Trento con textos patrísticos y luteranos de su biblioteca y los había puesto al servicio de los delegados.

- No sé lo que buscaba, prosiguió el inquisidor. ¿La paz y la concordia universal? ¿Hacernos a todos protestantes? Con la herejía no hay diálogo posible.

Domingo, su secretario, observó el rostro huesudo y los ojos airados e inyectados en sangre del inquisidor y prosiguió su relato:

- Dicen que también escribe. Poesía, seguro. Ha llegado a publicar alguno. Y algunos piensan que él es el autor de esa novela anónima que llaman el Lazarillo de Tormes.

- No sería raro. Esa novela erasmista arremete contra clérigos y religiosos. Nos ridiculiza. No me extraña que nadie la firme, ni siquiera él. Algunos lanzan la piedra y esconden la mano.

- También parece que ha reunido una gran biblioteca. Dicen que tiene miles de volúmenes, muchos de ellos manuscritos, copiados en Inglaterra, en Flandes, en Italia y en Grecia. Parece que el embajador se maneja con soltura en muchos idiomas, y que se interesa profundamente por todo: las matemáticas, la astronomía, la historia, la literatura o el derecho. Se habla de que ha atesorado centenares de manuscritos en griego, en hebreo, ... y en árabe.

- ¿También en árabe? Estos *humanistas* y su manía por los libros. Erasmo, Vives, Hurtado de Mendoza, ... son todos iguales. Creen que todos los libros son buenos. Y no lo son; hay obras que nunca debieron ser escritas. Esa biblioteca tendría que ser quemada.

- Pero el embajador es poderoso. Es un Mendoza y tiene el favor del emperador.

- Ya no tanto, ya no tanto. Tiempo al tiempo, mi querido Domingo. Tiempo al tiempo.

REX (Granada, 1574)

Diego Hurtado de Mendoza tenía ya más de setenta años. Estaba enfermo y sabía que se moría. Apenas podía mover una de sus piernas, que parecía gangrenada. Postrado en su cama, recordaba la Granada de su niñez, donde llegó a aprender el árabe. Sus estudios en Salamanca y en Italia. Sus viajes como diplomático por toda Europa al servicio del emperador Carlos y del rey Felipe. Sus conversaciones con el rey Enrique VIII o con el papa Paulo III. Sus charlas con humanistas, pintores o escritores como Tiziano, Aretino o Vasari. Sus intentos de llegar a un compromiso religioso en Trento. Tiempos felices en que parecía que se podría volver a la unidad de la Cristiandad.

Ahora, todo había ido a peor. Europa se había dividido entre católicos y protestantes y los fanáticos de cada bando ahora la gobernaban. Él había perdido el favor del rey hacía ya mucho. Se diría que una mano negra, en las sombras, maniobraba contra él. Después de más de treinta años, seguía su proceso por la administración de la ciudad de Siena. La Corona le acusaba, sin pruebas, de haberse lucrado del erario público y se le reclamaban enormes cantidades, que él nunca tuvo.

Pese a todo, había seguido sirviendo al rey allí donde este le había mandado. Había luchado victorioso contra los moriscos rebeldes de las Alpujarras. Pero seguía teniendo prohibido acercarse a Palacio.

Pensó en los miles de volúmenes de su biblioteca. Más de tres mil, reunidos en sus viajes por toda Europa; algunos traídos desde el Imperio otomano. Muchos eran manuscritos. Copistas de talla como Andrónico Nucio, Nicolás Múrmuris, Jorge Bebaines, Juan Mavromates, Pedro Carnavaca, Valeriano de Forli y Arnoldo Arlenio le habían ayudado a reunir una fabulosa colección. Arlenio había sido, además de copista, su bibliotecario. Habían acudido a monasterios, universidades y centros del saber de toda Europa para poder reproducir los textos. También había recibido preciosos obsequios. El sultán otomano Solimán le había regalado seis cajas con 31 ejemplares porque éste había enviado a un prisionero de vuelta.

Repasó mentalmente algunos de los impresos. En Amberes, había comprado un libro de estampas de Jerónimo Cock. En Basilea las *Institutiones Geometricae*, de Alberto Durer. En

Venecia, las Comedias de Plauto o la Historia Natural de Plinio. Había gastado mucho en libros. Pero estaba contento. Para él, los libros eran Saber.

Pero en estos tiempos, sus libros no serían bien vistos por el Santo Oficio. Libros extraños. Libros sospechosos. Libros cuyos autores figuraban en el *Index Librorum Prohibitorum*. Libros escritos en idiomas como el hebreo o el árabe, las lenguas del enemigo de la única fe verdadera.

Tenía que evitar que esos conocimientos se perdieran y que su biblioteca fuera destruida. Pero, ¿cómo hacerlo? Observó una estampa de San Lorenzo que decoraba una de las paredes de la habitación. Y entonces, como un rayo fugaz, vislumbró la solución, vio cómo salvarlos. Los cedería al rey Felipe en su testamento y saldaría así la supuesta e injusta deuda que se le achacaba. Felipe estaba construyendo un inmenso monasterio en San Lorenzo del Escorial y estaba reuniendo una imponente biblioteca. Estaría encantado en recibir más volúmenes. Allí sus libros estarían a salvo. Contra el rey, los inquisidores no se atreverían...

IGNIS (San Lorenzo del Escorial, 1671)

Tras tres días aciagos, el humo y el hollín estaban por doquier. El monasterio había sufrido un pavoroso incendio, cuyas causas nadie conocía. Algunos veían en las llamas la mano del ángel caído. “El fuego de la chimenea lo solapó el demonio”, decían muchos. Pero lo cierto es que nadie sabía cómo había comenzado. Tampoco nadie se explicaba por qué se había tardado tanto en actuar.

Ahora, con el incendio atajado, había que hacer balance. El padre jerónimo Andrés de Villamanrique se había encargado de hacer una primera lista. Explicaba los daños causados al obispo de Plasencia e inquisidor general Diego Sarmiento Valladares.

- Eminencia, toda la parte alta se ha perdido. También muchos tapices y cuadros.
- ¿Y los libros?, preguntó el inquisidor.
- Casi todos los impresos de la biblioteca se han salvado, pero no así los manuscritos. Hemos perdido la mayoría de los códices árabes y otros muchos que pertenecieron a Diego Hurtado de Mendoza y que este había legado al rey Felipe II en su testamento.

Una sonrisa se elevó en el rostro de Diego Sarmiento, mientras pensaba en las cenizas en que se habían convertido esos libros extraños, de ideas tan alejadas de la fe.

- Bueno. Tampoco serían muy importantes. Si estaban en árabe...

El monje jerónimo prefirió callar. Era una gran pérdida, pero prefería no exteriorizar esta opinión delante del inquisidor general.

- A veces, siguió el inquisidor, Dios tarda en cumplir sus designios. Pero siempre lo hace.

El padre jerónimo sabía que, por fortuna, varios centenares de estos volúmenes habían sido trasladados providencialmente hacía apenas unos meses a otra dependencia del monasterio donde el fuego no había llegado. Algunos de ellos eran parte de los códices árabes tan poco apreciados por el inquisidor. Pero decidió guardar esta información para él. Se limitó a sonreír ligeramente al inquisidor y contestó:

- Sí. A veces, Dios escribe con renglones torcidos.